

# TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 1 - Número 5 - Noviembre de 2020

## CUENTOS:

«La otra venganza»  
Eduardo Contreras Villablaca

«Testigos»  
Marianela Armijo

«Encuentros cercanos»  
Juan Cristóbal Sotomayor

«Está fría la noche»  
Antonio Rojas Gómez

## RESEÑAS:

**A quemarropa**  
(los inicios de la novela policíaca)

Por Ramón Díaz Eterovic

**El origen de la rebeldía**  
(Juan Cristóbal Sotomayor)

Por Julia Guzmán Watine

**Operación Cavancha**  
(Ricardo Candía Cares)

Por Eduardo Contreras Villablaca

## EXTRAS

«La pequeña entrevista policial» por Marcos Campbell

«Respuesta», cuento clásico de Fredric Brown

«Clark Carrados y la serie B de la Ciencia-Ficción», artículo por Bartolomé Leal

## CÓMIC:

**MAX CANALLA**

Guion Vancho

Dibujos Kampf





03 / CUENTO

LA OTRA VENGANZA  
Eduardo Contreras V.

05 / RESEÑA

A QUEMARROPA  
Ramón Díaz Eterovic

06 / CUENTO

TESTIGOS  
Marianela Armijo

09 / RESEÑA

EL ORIGEN DE LA REBELDÍA  
Julia Guzmán Watine

11 / CUENTO

ENCUENTROS CERCANOS  
Juan Cristóbal Sotomayor

13 / RESEÑA

OPERACIÓN CAVANCHA  
Eduardo Contreras V.

15 / CUENTO

ESTÁ FRÍA LA NOCHE  
Antonio Rojas Gómez

17 / ENTREVISTA

LA PEQUEÑA ENTREVISTA POLICIAL  
Marcos Campbell

18 / CÓMIC

MAX CANALLA  
VANCHO / KAMPF

22 / CLÁSICO

RESPUESTA  
Fredric Brown

23 / ARTÍCULO

CLARK CARRADOS Y LA SERIE B DE  
LA CIENCIA-FICCIÓN  
Bartolomé Leal

# EDITORIAL

## La infinita biblioteca

Tomando como válida la metáfora de Borges de que la biblioteca, en el sentido etimológico de caja (teca) de libros, es infinita (ahora más que nunca con la incorporación del libro electrónico), se podría decir que en un lapso de tiempo bastante largo, no necesariamente infinito, los libros son eternos.

A los autores de libros no nos queda sino alegrarnos de ser parte de esa generosa infinitud. Sabemos por los matemáticos que  $\infty + 1 = \infty$ . Tenemos por tanto derecho a entrar a ese infinito sin fronteras y que si nos quedamos en la nada creativa, el infinito no se conmueve. No nos recibe porque no existimos. Matemáticamente se puede poner así:  $1 \div 0 = \infty$ . La división por cero da infinito. No somos nada sin ingresar a la biblioteca.

Son tergiversaciones de las convenciones matemáticas. Sí. Mas queda la idea de que nunca habrá demasiados libros para llenar esa biblioteca borgiana y, aunque es previsible esperar mayor permanencia en una biblioteca de material físico, sujeto a la ley de gravedad y las leyes de la termodinámica, desde los libros de piedra, madera, papiro, papel (de piel, tela o pulpa forestal) y plástico (habiendo desaparecido el libro de arena, de marea o de viento, si hubieran existido); y sospechando que el libro virtual, aquel que nos aguarda en esa parte de la biblioteca que llamamos la «Nube», desaparecerá con los computadores en alguna catástrofe global, no por eso dejaremos de contribuir con nuestros libros.

Lo más cercano que tenemos a la «Nube» es la mente, la imaginación, la memoria o el alma (para complacer a los adictos a la vida eterna), la que aun reconociendo su dependencia del soporte bioquímico, nos hace pensar que allí, en la «Nube» yace lo que han pensado los cien mil millones de individuos que han poblado el planeta. Los pocos vivos y los muchos muertos.

Los animales no tienen su nube. Es un producto de la inteligencia humana. De modo que para alimentarla (mientras no ganemos la lucha contra la muerte), no perdamos ocasión de superar la inercia y poner nuestro grano en el infinito afable de la biblioteca. Por eso aquí vamos con el quinto número de **Trazas Negras**, con cuentos de Antonio Rojas Gómez, Eduardo Contreras Villablanca, Marianela Armijo y Juan Cristóbal Sotomayor; reseñas de Julia Guzmán Watine y Ramón Díaz Eterovic. De yapa, un clásico sorprendente.

**Bartolomé Leal**  
Director

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

# La otra venganza

Eduardo Contreras Villablanca

*-Tiene usted una intuición asombrosa. ¿Ha pertenecido a la Obra?...*  
*-Tenía olfato para detectar a gente del Opus hasta los años setenta.*  
*Luego ustedes cambiaron de desodorante.*

*Roldán, ni vivo ni muerto, Manuel Vásquez Montalbán*

Los motores y bocinazos de los automóviles encubrían mis pasos al acercarme. Me ayudaba ese ruido del ajeteo navideño. Caminé sigiloso, evitando resbalar en esa vereda adornada por motas de aguanieve. Años buscándolo. No me podía convencer que fuera él. Me oculté tras un cartel publicitario y en la penumbra del atardecer, pude observar al viejo sin que me descubriera. Su cuerpo largo y enjuto yacía acostado, con la cabeza reposando en un cojín despanzurrado que alguna vez debió tener colores. La barba encanecida, no lograba disimular sus rasgos angulosos y menos su nariz de águila. Era él, su odiado rostro no había cambiado tanto.

El miserable se enderezó un poco murmurando mientras su diestra hurgaba en su desflecada mochila. Sacó un resto de pan, parecía no haber más comida en el zurrón. Me alegró pensar que era muy poco para soportar la noche, sobre todo una tan fría. Eran más de las veintitrés horas, y ya había pasado el último tren del metro por debajo de la rejilla metálica que usaba como cama. No habría para él más vaharadas de aire cálido subiendo desde los equipos y ductos del subterráneo. Quizás en esos momentos añoró la calefacción del asilo clausurado el mes anterior por falta de presupuesto. La maldita crisis que retrasó mis pesquisas.

Había encontrado su pista por casualidad, después de dar por perdidos los años de visitar cuarteles de policía, repartiendo esa foto de él que recorté de aquella en la que aparecíamos los dos, recién incorporados a La Obra, posando para la pobre Ester en el día de nuestra graduación, alzando nuestros diplomas de licenciados en teología de la Universidad Católica Balagueriana, sonriendo, y pensando que nuestra amistad perduraría incluso después de que la muerte redujera nuestros

cuerpos a humus y fuegos fatuos, con nuestros espíritus ya acompañando al Señor en su gloria.

Sospecho que miembros de La Obra usaron su influencia en la policía para dilatar la búsqueda. Él era muy cercano al obispo Maniere, y el prelado tenía familiares en el alto mando del brazo corrupto de la ley. Al Opus le convenía que el incómodo asunto se diluyera en el tiempo.

Todo el mérito de haber dado con el rastro recaía en aquel hombre hediondo y mal vestido, que un par de meses atrás me había sorprendido mirando la foto de mi obsesión pegada en un poste. «Se parece a Benito», me dijo el pordiosero apuntando al flaco y espigado graduado que aparecía en la instantánea, y luego añadió «compartíamos un rincón bajo la escalera, en el asilo del barrio de Las Tres Calles».

Varias vueltas desde que encontré ese asilo, hasta llegar por fin a observar al supuesto Benito, que luego de comer su último trozo de pan sin desperdiciar migas, recostó la cabeza y se arrojó con las mantas grasientas y oscuras por el smog de la ciudad contaminada. El sueño comenzó a llegarle de a poco, interrumpido a ratos por las luces del gigantesco árbol de Navidad instalado por el municipio a pocos pasos de su pocilga. Con la modorra y el trasiego arrullador de los que volvían a sus hogares con las últimas compras, se le debe haber ido quedando atrás el dolor de esa pierna que lucía gangrenada. Supuse que tendría un mal dormir, entre el frío, el dolor, el ruido, y el miedo al día siguiente.

No lo había vuelto a ver desde el día en que apuñaló a Ester. Su último recurso para impedir que ella se casara conmigo. Celos sin asidero. No se puede decir que hubieran sido novios siquiera. Fueron solo las ilusiones de él contra los deseos de ella. Luego de ese momento de de-

bilidad y alcohol, esa única vez que se besaron, cuando él la acompañó a su casa luego de mi fiesta de cumpleaños, Ester nunca más alimentó sus esperanzas. En cambio mi relación con ella se fortaleció desde ese día en que le declaré mi amor, poco después de aquel cumpleaños.

Entonces tuve una gran idea. Tomé el puñal que por décadas había llevado conmigo, desde esa horrible fecha en que me arrebató mi mujer y la fe. Cuando me aseguré de que el infeliz dormía, me acerqué de a poco, en puntas de pie, y cuando estuve a su lado, dejé el arma junto a su mochila, envuelta en un papel, que seguramente leería, si es que llegaba a despertar alguna vez. Una nota con la

que sabría que era yo quien le dejaba aquellos mensajes: el puñal como recuerdo de su crimen, cubierto por la frase que me rondaba desde que supe de las condiciones en las que malvivía mi ex amigo: «Es preferible que la pobreza sea sórdida y no mediocre», seguida de la acotación: «Tú ahora debes saberlo bien. ¿O no?».

Bastaba con eso. La venganza que tantas veces soñé: el puñal atravesando sus carnes magras, habría sido un regalo para el viejo en ese momento. Mejor dejarle ese trabajo a las bacterias. Creo que Dios, si es que existe, seguramente lo preferiría de ese modo. **TN**



## Eduardo Contreras Villablanca

Ha publicado cuentos en revistas y antologías, entre otros en la revista Pluma y Pincel el 2005, en las antologías *Plaza Italia* de Mago Editores el 2006, y en *¡Basta! Más de 100 hombres contra la violencia de género* de Editorial Asterion el 2012 (reeditado en inglés el año 2017). El cuento «El mate soñado» fue publicado en el libro *Memoria, Participación, Democracia del INDH y el Museo de la Memoria* (2013). Su cuento «Antes del anochecer» forma parte de la compilación *Santiago Canalla* (Espora Ediciones 2019). Ha recibido el Primer Premio de Novela de la Municipalidad de Santiago el 2002, y el Primer Premio del concurso «Fantoques» el 2017 en Cuba. Entre 2007 y 2017 formó parte de taller literario de Poli Délano. Ha publicado las novelas *Don't Disturb: Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias* (Mago Editores, 2005) y *Será de madrugada* (CEIBO editores, 2015). El libro *Cuentos urgentes para Nueva Extremadura* fue publicado por la editorial Espora el año 2016. En el año 2019 publica *La verdad secuestrada* (Mago Editores – Espora) a cuatro manos con Cecilia Aravena Zúñiga. También a dúo es su novela negra de inminente publicación *Estación Yungay*, en la colección «La Otra Oscuridad» (Espora -Rhinoceros).



PRONTO EN LIBRERÍAS

IR AL WEB

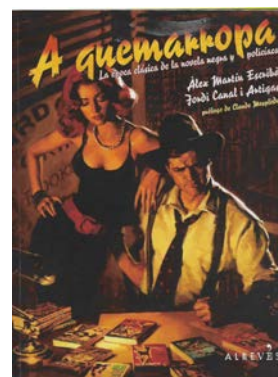
La Familia M  
Un hogar para Lía Cautiva

EDICIONES POZO DE ARENA

# A quemarropa,

## los inicios de la novela policíaca

Por Ramón Díaz Eterovic



La novela negra y policíaca es un género literario que en España goza de una envidiable salud, tanto en lo que se refiere a la cantidad de autores que lo cultivan como a los académicos y especialistas que analizan sus distintas expresiones, contribuyendo a la constitución de un cuerpo teórico en constante crecimiento. De las tantas publicaciones aparecidas en el último tiempo podemos mencionar: *A quemarropa. La época clásica de la novela negra y policíaca* de Álex Martín Escribá y Jordi Canal i Artigas (Editorial Alrevés). El primero de los autores es profesor de literatura en la Universidad de Salamanca y codirector del Congreso de Novela y Cine Negro que organiza la misma universidad. El segundo, es director de la Biblioteca La Bóbila, entidad que cuenta con un gran fondo dedicado a la literatura negra y policíaca. Por lo tanto, estamos frente a un libro cuyos autores tienen un conocimiento amplio para abordar con profundidad el objetivo de revisar las diversas terminologías, etiquetas y clasificaciones que ha tenido la literatura criminal desde sus comienzos con algunos cuentos de Edgar Allan Poe. El texto aborda los orígenes de la novela policial clásica (la novela de enigma y los detectives de sillón); la novela negra y sus variantes: la novela de detectives duros, de delincuentes, penitenciaria; la novela psicológica criminal y la novela de procedimiento criminal. Junto a lo anterior se tratan algunos géneros que los autores denominan «compañeras de viaje» de la novela policial como la novela de espionaje, la crónica policial y la novela de suspenso.

La novela negra y policial ha producido una serie de términos y clasificaciones que suelen ser motivo de debates. Uno de los méritos de este libro de Álex Martín Escribá y Jordi Canal es que explica muy bien, a expertos y aficionados, el desarrollo de la terminología que ha acompañado la evolución del género; y que lo hacen de un modo simple y recurriendo a muchos ejemplos de

obras y autores, lo que no sólo evidencia el conocimiento de los autores, sino que además terminan siendo una buena guía para lectores interesados en conocer la evolución del género policial y a sus principales exponentes. Otro atractivo de este libro son sus anexos. Uno de ellos lo constituye la reproducción de treinta portadas de clásicos de la novela policial, con lo cual los lectores del género pueden recordar o conocer las presentaciones originales en español de varios clásicos del género. Este anexo también permite apreciar la propuesta estética, siempre llamativa y en muchos casos innovadora, que ha acompañado la publicación de los libros policíacos.

En el prólogo de este libro, Claude Mesplède se refiere a los prejuicios críticos y editoriales que durante décadas afectaron al género policial. «Afortunadamente -dice-, esta época tan triste ya no está en boga. ¿Se deduce de ello que todos los prejuicios que han afectado a la novela policíaca desde su nacimiento han desaparecido? ¡No! ¡Algunos censores aún están al acecho por si acaso! Y a veces se atreven a preguntar: “Dígame, ¿cuándo va a escribir una novela de verdad?”. Esta mentalidad comenzó a cambiar a finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo pasado». Y ese cambio, podemos agregar, sigue siendo más profundo y efectivo gracias a libros como el de Álex Martín Escribá y Jordi Canal. Un texto que informa y al mismo invita a recorrer el siempre sorprendente paisaje de la novela negra y policial. Un género que al decir de estos autores «adquiere hoy dimensiones gigantescas y deleita a espíritus de toda índole, convirtiéndose en uno de los fenómenos literarios de moda». De permanente moda, me atrevería a decir, porque con distintos autores y tendencias, desde sus orígenes nunca ha dejado de tener el afecto y la complicidad de los lectores. TN

John asistía desde hace tres años como testigo de las ejecuciones de los condenados a muerte, en su Estado, Illinois. Era un jubilado temprano, apenas tenía cincuenta años cuando se tuvo que retirar. Se había alistado como tantos y volvió de Irak con una pierna menos. Su vida cambió por completo.

A John le gustaba su oficio de electricista, ganaba bien y su trabajo le permitía salir mucho de casa. Era un hombre solo, su padre que por años fue su única preocupación había fallecido poco antes de su alistamiento.

Aun cuando no era muy sociable, de joven solía frecuentar el bar, jugaba a los bolos y terminaba los días bastante ebrio con alguna que otra compañía del lugar. Ya nada de eso podía hacer, más que su mutilación física, su cabeza no era la misma, odiaba estar solo, pero le costaba hablar, desplazarse y sus días los sentía eternos.

Por eso, la primera invitación a presenciar las ejecuciones le llegó como anillo al dedo. Cuando vio a los guardias de la prisión, bajándose de la *Suburban*, no lo pudo creer. Llegaron a la puerta y se cuadraron, John se había retirado con la medalla al mérito y el grado de coronel. Le entregaron la carta tan excitados que parecía que le estuvieran comunicando un ascenso.

John tenía información sobre lo que estaba pasando con las ejecuciones del Estado. Había muchas programadas y comenzaron a apurarse desde que se supo que movimientos en contra de la pena de muerte, se estaban organizando para abolirla, luego de varios fallos equívocos. En un lapso corto se ejecutarían diez u once. Como disposición legal, cada muerte debía ser presenciada por un grupo de media docena ciudadanos, residentes de la ciudad donde se consumirían las condenas.

Costaba encontrar voluntarios, así que comenzaron a hacer publicidad por televisión apelando a los valores pa-

trios, a la solidaridad con las víctimas y al cumplimiento de los deberes cívicos. También se decía que habría invitaciones especiales, a las cuales se esperaba que los ciudadanos no se negaran.

Se quedó un rato con la carta en la mano y se imaginó a los Blunt, sus vecinos de enfrente presenciando los honores que le habían conferido recientemente los guardias de la prisión estatal.

Los vecinos estaban siempre atentos a sus movimientos y eran sencillamente odiosos. Para el pesar de John, eran jubilados y su pasatiempo favorito era vigilarlo a él.

Cuando John abrió la carta, sus manos estaban húmedas y pegajosas, la guardó por días en el bolsillo de atrás de sus jeans gastados. No podía creer que él fuera nominado para presenciar una de esas ejecuciones. Se emocionó también al saber que los testigos podían asistir varias veces. Por muchos días, miró la carta sin convencerse de que era real, hasta que finalmente la enmarcó.

Nunca pensó que podría ser uno de los elegidos. ¿Qué tipo de sujetos serían seleccionados para ser los testigos ciudadanos de la ejecución? ¿Qué clase de persona podría dirigirse en la madrugada a ver y escuchar como un hombre se retorció en sus últimos segundos? Y, ahora le tocaba a él, lo estaban invitando a él, nada menos que a ser un testigo.

Su primera testificación fue el martes 17 de enero de 2007, la carta enmarcada en la pared de la sala decía «Por orden de la Corte Suprema del Estado de Illinois, se cumplirá con la condena de pena de muerte por inyección letal, al ciudadano Henry Bonafont, de 56 años, por los delitos de triple asesinato».

Quiso conocer quién era ese tal Henry. Lo *googleó* y apareció en la primera noticia un afroamericano con rastas, lo más probable descendiente de jamaicanos.

Aun con el entusiasmo por este nuevo oficio de testigo, ejercerlo no le resultaba fácil. La hora de la citación

siempre era en la madrugada, eso le complicaba sobremedida. Desde que regresó de la guerra, pasaba pésimas noches, se tomaba un somnífero a eso de las tres de la mañana, y mal dormía hasta las nueve o las diez. En los insomnios, le venían extraños pensamientos, como cuchillos calientes atravesados por el centro de su rapada cabeza. Casi todos relacionados con la guerra. En el último tiempo, desde que comenzó con las ejecuciones, se le aparecían las caras de los ejecutados y de sus familias.

En la mañana no podía seguir durmiendo, los ruidos del barrio eran insoportables y variados: los buses de los colegios que recogían a los molestos niños, las cortadoras de pasto que más bien parecían reactores nucleares, las sirenas de la policía y uno que otro adolescente ebrio que llegaba con los altos parlantes en máximo volumen.

Por la tarde, varias veces en la semana aparecía la Sra. Blunt con un pedazo de tarta de manzana. «¿Cómo está John?, me alegro de que esté saliendo este último tiempo».

Cuando llegaban los nietos de los Blunt, iban directo a husmear por el patio de atrás de John, tratando de descubrir algo especial de ese señor sin pierna, que tenía tan pocas cosas dentro de su casa, a diferencia de sus abuelos que poco les faltaba para tener el mal de Diógenes.

John sentía que no tenía la tranquilidad suficiente como para disfrutar plenamente las vísperas de las ejecuciones. Para él, cada ejecución era como una fiesta, y como tal necesitaba preparar todo lo necesario. Su ropa era escogida con mucho esmero, se preocupaba especialmente de que sus zapatos no sonaran, su perdición sería que el chirrido de sus pisadas llamara la atención del condenado.

De madrugada llegaba a buscarlo la *suburban*, subía y cuando ya estaban dando la vuelta de la esquina, observaba como los vecinos por fin apagaban las luces.

Para John lo que pasaba en la ejecución fue siendo cada vez menos importante, ya se había acostumbrado al trato seco de los guardias y a las caras de los condenados que siempre fijaban oblicuamente su vista en uno de los testigos. Al principio cuando llegaba el efecto de la inyección, John se agarraba a la silla y la apretaba tan fuerte que su mano le quedaba doliendo todo el día.

Después de la tercera o cuarta ejecución, ya las tomaba como lo más normal. Nadie decía muchas cosas antes de partir, y entre los seis testigos jamás se miraban ni cruzaban palabras. Lo que sí le seguía gustando eran los prolegómenos, que lo fueran a buscar y a dejar en la *Suburban*, pasar un rato junto a los reporteros en la cafe-

tería, y luego lo mejor: entrar en silencio, portando la credencial con su foto a la pequeña habitación donde estaba el condenado.

La primera vez se emocionó, impactado por la luminosidad de la pieza y el bello jardín que se veía por la ventana. Como en un anfiteatro, se disponía de unas cortinas que aislaban la camilla.

Esa vez no dio crédito cuando entró Henry Bonafont, el mismo que había *googleado*. Estaba allí, tenía los ojos color miel y sus rastas eran más coloridas que en la foto. El oficial le preguntó al condenado si tenía algo que decir y éste solo señaló «*Come on, I'm ready for the trip*».

Luego finalizado el acto, despuntando el alba, a John le fascinaba que los uniformados lo esperaran para regresar a casa.

Cuando llegaba de las ejecuciones quedaba un largo día. Le gustaba recordar en silencio los olores, el color de la luz encima de la camilla, el rostro lívido del condenado, pensar en los deudos, que por lo general se arrinconaban en los últimos asientos.

Los Blunt llegaban por la tarde con alguna comida especial, con un termo con café y le preguntaban por los detalles de la ejecución.

John no tenía mucha escapatoria, sus vecinos contaban con un poder especial de inmiscuirse. Finalmente, John les relataba algunas cosas que casi siempre exageraba. Les decía que las dosis a veces no eran suficientes y que los condenados se retorcían más de lo habitual, o que en ocasiones tuvieron que suspender la ejecución porque el convicto presentó fiebre de última hora, o bien les comentaba la actitud de los parientes que esperaban por el posible indulto del gobernador, que jamás era favorable al condenado. Ellos le preguntaban cómo iban vestidos, si les ponían alguna venda en los ojos, qué decían por última vez, o si era cierto eso del «último deseo». John se hacía como que no recordaba, pero al final soltaba algo: «Uno de ellos, pidió un Chardonnay, otro, un cigarrillo y otro gritó *It's fucking cold!, It's fucking cold!*, terminaba riéndose y moviendo la cabeza como si con eso se prolongara el estado de felicidad que le producía recordar esos momentos.

Nunca les comentó a los Blunt que ellos también podrían presentarse como voluntarios y ser testigos de las ejecuciones. El trámite era fácil, pero John pensaba que no se comportarían a la altura. No se los podía imaginar en la salita junto a la prensa.

Los últimos meses sus insomnios comenzaron a hacerse más frecuentes y los olores de los Blunt más in-

soportables. Cuando lo visitaban, traían un ligero vaho a la descomposición de las cajas de cartón acumuladas, y aroma a desinfectante barato. El hombre usaba al parecer una colonia *after shave* muy tóxica, que John asimilaba al olor de las inyecciones letales. Nunca había olido las posiciones fatales, pero seguro que tendrían ese aroma.

Los últimos meses fueron muy felices para los vecinos de John, lograron ser aceptados como voluntarios y se subieron varias veces a la *suburban* para ser testigos de las ejecuciones. Por supuesto que desde que comenzaron con este pasatiempo no frecuentaron más a John. La relación entre ellos se puso tirante, los ricos pasteles de manzana, los largos relatos sobre los momentos excitantes de las ejecuciones pasaron a ser parte de la historia. Curiosamente con tanto material y miradas de distintas perspectivas, los Blunt y John pudieron haber tenido tardes inolvidables, plagadas de detalles, pero no fue así.

Pasaron varias ejecuciones y nuevamente el invierno ennegreció las tardes. En el patio de los Blunt se mostraba un cartel anunciando la venta de la casa.

La pena de muerte en el Estado de Illinois fue abolida en el 2011. El último ejecutado fue John David encontrado culpable de la muerte de sus vecinos, los Blunt. Tuvo una agonía larga, no fue una ejecución tranquila. La sobre dosis de somníferos que John tomó previamente (se ignora quien se los proporcionó) hizo más conmovedor su final, había que esperar que estuviera consciente. Ese día, varios ex combatientes de Irak y jubilados de la ciudad, presenciaron la ejecución, fueron los últimos testigos. **TN**



## Marianela Armijo

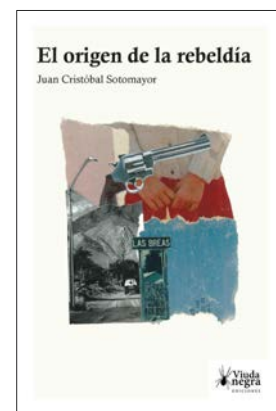
Doctora en Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, España. Ingeniero Comercial, Universidad de Valparaíso, Chile. Tiene cerca de diez publicaciones en el ámbito profesional, la mayoría editadas por CEPAL (Naciones Unidas). En el ámbito literario se graduó de Magíster en Creación Literaria por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, España. Se incorpora al taller del escritor Poli Délano en el año 2015 y se mantiene como miembro hasta la fecha. Ha publicado cuentos en antologías como *El Taller de Poli Délano* (2017) y *¿Están escribiendo?* (2019).



*El origen de la rebeldía*  
de Juan Cristóbal Sotomayor

**Que tire la primera piedra...**

Por Julia Guzmán Watine



[IR AL WEB](#)

*El origen de la rebeldía* de Juan Cristóbal Sotomayor, narra las vicisitudes de Diego, el tío de la liebre que asesinó a un apoderado y huyó con los pasajeros del bus escolar de un colegio ubicado en la comuna de Vitacura.

Este relato, además, transita en las vidas del conductor de la liebre y la de sus rehenes Luis, Aníbal, Sebastián, Mateo, Camila y Martín; cruza el tiempo entre los primeros años de los niños, los meses antes de la tragedia y la misma aventura que están experimentando. Los capítulos llevan como título los nombres de los personajes y van contando, con un narrador omnisciente, sus historias. De modo que la novela realiza este recorrido para entender las motivaciones de los personajes, como un viaje iniciático hacia el pasado, donde los recuerdos forjadores de traumas o sufrimientos acompañan el interminable trayecto hacia el norte y sus recovecos.

La novela se compone de tres partes. En la primera, los recuerdos de los personajes se enmarcan en la permanencia de los fugitivos en una estación de servicio entre Tongoy y Los Vilos. Ellos se encuentran acorralados por la policía, ignorante de la actitud cómplice de los niños con su secuestrador y amigo. En la segunda parte, la narración del pasado de los personajes se alterna con la fuga que abarca desde el asesinato del apoderado en el colegio Winston Churchill de Vitacura hasta la llegada a la estación de servicio. Y por último, la tercera parte, con exactamente la misma estructura, comienza con la huida de este grupo de forajidos desde la bomba de bencina hacia el norte. Además, a lo largo de la novela se intercalan las transcripciones de la sicóloga de Mateo que cuenta la sesión y describe al paciente. Este registro se sitúa temporalmente después de la historia principal, lo que hace vaticinar una desgracia para los personajes de esta aventura.

Por las características de los crímenes (homicidio de un adulto y toma de rehenes menores de edad) se sospecha que la persecución terminará trágicamente; se asoma el presagio de que esto no concluirá bien, que será un escape sin sentido, como el mero reflejo de supervivencia que solo prolonga una agonía. De suerte que durante la lectura surgen preguntas, como por ejemplo: ¿Cuál será el costo? ¿Quién saldrá lastimado? ¿Habrá víctimas? ¿Qué pasará con Diego, el secuestrador? ¿Sobrevivirá? ¿Qué ocurrirá con los niños? ¿Hay alguna lectora o algún lector que desee que Diego sea capturado, acribillado o ultimado? ¿Existe algún experto en males ajenos que espere que los niños vuelvan con sus atribulados padres?

Se produce, entonces, una suerte de relativización porque, tal vez, se problematiza la culpabilidad de este descalabro y se traslada a los mismos padres pertenecientes a un grupo pletórico de privilegios. ¿Acaso se representa a los miembros de los grupos de poder haciendo lo humanamente posible para reproducir dobles suyos o mejorados (según ellos) y, así, recrear un modelo de soledad y sociedad enferma? ¿Es un tema de expectativa o de temores basados en prejuicios por experiencias fallidas (propias y ajenas)? ¿Es que, en este contexto, todos los productos finales de seres humanos han sido, desde sus inicios, conducidos hacia la misma insensibilidad y egoísmo que les hizo tanto daño? Y seguimos: ¿Quiénes son los canallas aquí? ¿Es Diego, el secuestrador? ¿Son los padres? ¿Son los niños, aprendices de homicidas? ¿Es la falta de límites, cariño o atención? ¿Quiénes son los malhechores? O, tal vez: ¿Hay culpables si estos adultos fueron alguna vez niños? Y avanzando un poco más hacia el horizonte: ¿Qué fue primero: el huevo...?

Mientras leía la novela, me acordé del gran cuento «Hijo mío» de Antonio Rojas Gómez, publicado en

*Santiago Canalla.* En este relato se presenta la voz derrotada del protagonista que narra su miopía y fracaso como padre; se contraponen las peligrosas expectativas (producto de una sociedad especializada en puntas de icebergs) con la realidad compleja e insondable de su hijo. Y así se enumera una gama de causas y consecuencias gestoras de vidas, diferencias e inseguridades. ¡Qué equivocado todo! ¡Qué vidas tan erradas, miopes, parciales! Y en esta realidad y mar de tropezones vienen los requerimientos irracionales y las decepciones.

*El origen de la rebeldía* plantea como interrogantes quién es responsable de tantas infelicidades y percepciones de fracaso; quién es el o la que continuamente está forzando existencias hacia el aniquilamiento de todo tipo de naturalidad, ilusión y, también, inocencia; quién o qué es lo que verdaderamente enceguece, disocia, porta insatisfacción o, tal vez, asesina. **TN**

## REGRESA UN CLÁSICO DE EDWARD GROVE



*El sobreviviente* es una novela de la subcorriente de la CF bautizada del “último hombre en la tierra”. Es un tema que ha sido tratado brillantemente en varios clásicos del género. Ellos esperan, por su parte, se inscribe en otra subcorriente de la CF especulativa: la novela de los “mundos ocultos o secretos”, donde se desarrolla una civilización paralela que crece en el propio planeta, bajo nuestro pies».

[IR AL WEB](#)

## Curso-taller breve de narrativa policial y negra

Por Bartolomé Leal

Taller *online* introductorio a la escritura de una narración policial/negra, cuyo énfasis está puesto en las decisiones que se deben tomar para iniciar la escritura de una obra de este género y las maneras en que puede desarrollarse (cuento, novela, guion audiovisual, pieza teatral).

Duración: 1 semana / Horario: Lunes a Viernes de 20:00 a 22 horas. Vía Zoom / Valor: por donación (mínimo recomendado \$ 5.000.-) / Libro electrónico de regalo para la clase / Diploma de participación.

**Inscripciones:** [revistatrazasnegras@gmail.com](mailto:revistatrazasnegras@gmail.com)

**Fecha de Inicio:** 11 de enero 2021



**¡Cupos Limitados!**

Más información sobre el taller y donaciones en:

[www.trazasnegras.cl](http://www.trazasnegras.cl)

Si Arturo hubiese tenido los ojos cerrados podría haber dicho que la voz que inundaba la sala provenía de una muchacha alta, de cabello claro trenzado en un moño sobre su cuello, que vestía un traje ajustado, de terciopelo, seguramente de color negro, que se contorneaba como una serpiente sobre el pedestal del micrófono.

Probablemente habría asegurado que, tras ella, una banda de diez o doce músicos la acompañaba, enfundados en sus trajes blanco y turquesa, al compás del *swing*, y que los sensuales acordes del piano reverberaban contra las amplias paredes de una galería de cortinas carmesí y piso de baldosas blanquinegras.

Arturo podía sentir el aroma inconfundible de los martinis secos y de cientos de Cohiba encendidos en forma simultánea. De haber tenido sus ojos cerrados, podría haber apostado que los asistentes, en su mayoría hombres, clavaban su vista en la muchacha con la fascinación de un astrónomo que acaba de descubrir una supernova. Seguramente habría dicho que el local estaba en algún suburbio de Chicago y que de haber comprado el periódico esa mañana, estaría fechado en 1935.

Pero al interior del Liberty Bar las cosas eran diferentes.

Nadia se desprendía de sus ropas lentamente, mientras el hipnótico ritmo *soull blues* de Billie Holiday colaboraba a mantener la tensión de su performance.

Nadia era guapa, y sus nalgas perfectas brillaban en aceite emulsionado, proyectando las luces verdes y rojas de los focos que la apuntaban desde su cenit. «*Summertime, and the living is easy, so hush little baby, don't you cry*». La voz salía rasposa de los parlantes mientras Nadia lanzaba el corsé al cielo, dejando al aire unos pechos pequeños, como dos ojivas nucleares.

Arturo —que ahora cerraba sus ojos intentando descubrir eso que le resultaba tan familiar— bebió un trago de su ron cola y lanzó una bocanada de humo que había acumulado en sus pulmones durante un intervalo más que considerable.

Un solo de guitarra sirvió de escenografía al despliegue físico de la joven, que se deslizaba con pericia a través del caño lustroso como un espejo. Sus piernas se aferraron al

tubo y fueron cediendo mientras su figura se desplegaba completa sobre el escenario.

Cuando la Holliday entró en la última estrofa, Nadia se arrancó con movimiento felino la última prenda que le quedaba, dejando generoso a la vista del público, su pubis rasurado, como si invitara a una exposición de una obra de arte: perfecta, pero inasequible.

La música acabó mientras las luces se apagaban. La veintena de asistentes demoró unos segundos antes de lanzar un aplauso cerrado, señal inequívoca de un show espléndido.

Durante el intermedio, Arturo pidió un nuevo trago. Junto a su bebida, una joven de minúsculo vestido verde se instaló a su lado.

Él le ofreció un cigarrillo, ella lo aceptó y le pidió un trago. *Whisky*. No parecía una chica ruda, pero ciertamente lo era. Arturo cerró los ojos y sintió el olor del *whisky* y del perfume de la niña y pensó en Chicago y en la Ley Seca.

La chica posó su mano en la entrepierna de Arturo. Él le preguntó su nombre. Mónica, dijo ella, con «k», aclaró. Él la miró a los ojos. Ella lo invitó a ir a un lugar más cómodo. Él se excusó. Ella le preguntó porqué. Él le respondió que quería a Nadia. Lo dijo así: «Quiero a Nadia». Ella retiró su mano del sexo de Arturo, se puso de pie y se alejó dando pasos cortos pero decididos.

Una nueva chica se subió al escenario. Arturo la miró de reojo y pensó que era una estatua. Hasta que los primeros acordes de «*You can leave your hat on*» comenzaron a sonar y la chica inició su baile.

Arturo se puso de pie. Caminó hacia la barra, pero no se detuvo ahí. Siguió hasta el fondo del pasillo, donde estaban los camerinos. Entró. Sin golpear.

A Nadia no le sorprendió verlo. Incluso se podía decir que lo esperaba. Lo miró con detención, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Sus ojos lo traspasaron y se sintió desnudo.

—Llegas tarde —dijo ella.

Arturo la miró con recelo.

—Nadia no es tu verdadero nombre —preguntó.

—Los nombres no significan nada. Importa quién eres. O quién fuiste.

—¿Y quién eres? —preguntó Arturo.

—Ven, abrázame —dijo ella.

Arturo la volvió a mirar, sabía que la conocía, pero no recordaba su rostro ni mucho menos su nombre. Nadia, nadie, qué diablos importaba.

La abrazó. Sintió su cuerpo cálido, su perfume de violetas.

—¿Me recuerdas ahora? —preguntó la mujer.

Arturo reconoció la voz. «*Do you remember me?*», murmuró en voz baja, como si recordara una vieja melodía.

Sus manos se deslizaron a través del espigado cuerpo de la chica. Tocaron sus hombros, bajaron por sus brazos y por su vestido ajustado de terciopelo negro y se detuvieron en las firmes nalgas de Nadia, que según entendió en ese momento, no era Nadia. Tristemente acarició su nuca y deshizo la trenza, dejando caer su cabellera rubia sobre los hombros de la muchacha.

Ella se dejó tocar, quería que él la recordara, que pagara sus culpas sabiendo quién era ella y cuál era el daño que le había hecho.

—Henry —dijo ella en un susurro.

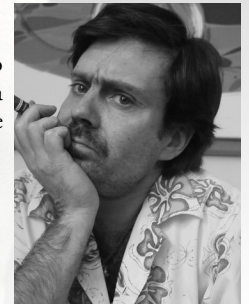
Y él lo supo. Recordó su promesa, pero sobre todo su traición. Y sus recuerdos se mezclaron con la tristeza obscena del *blues* y el desamparo de una ciudad olvidada y distante que alguna vez fue suya. Y se vio huyendo, arrancando como una rata, escondiéndose en bodegas inmundas, en cuartos subterráneos. Y vio a través de la ventana de su Ford A la espalda de la mujer, su vestido blanco y el ramo que colgaba desesperanzado desde su brazo inerte. Y por un momento quiso llorar.

—*I'm so sorry* —dijo él.

—*It's too late* —respondió ella, mientras clavaba un cuchillo en su espalda. **TN**

## Juan Cristóbal Sotomayor

Abogado, escritor y editor. Su primer escrito se titula *Objetos perdidos*, una crónica testimonial basada en el maremoto que afectó a la Isla Juan Fernández en la madrugada del 27 de febrero de 2010, y que costó la vida a su pareja. La novela *El origen de la rebeldía* es un *thriller* publicado por Ediciones Viuda Negra (2019), lo muestra como un autor seguro de sus recursos y dispuesto a reincidir en la vena *noir*.



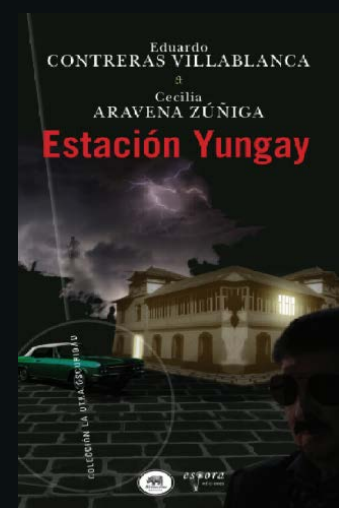
Colección La Otra Oscuridad

# Estación Yungay

COMPRAR

«Mediados de los años 90 del siglo pasado, cuando Chile avanza en una tutelada transición de la dictadura a la democracia (más bien a la plutocracia para algunos). El proceso se basa en acuerdos secretos y complicidades que involucran a poderes políticos y empresariales. Entre ese mundo de codicia y la gente común y corriente, hay algunos puntos de conexión...».

Eduardo Contreras Villablanca y Cecilia Aravena Zúñiga no son ajenos a la narrativa negra ni a la escritura a cuatro manos, como lo prueba su reciente libro *La verdad secuestrada*. Por su cuenta individual han publicado poesía, cuento y novela. Ambos han sido miembros del taller de Poli Délano.



# Operación Cavancha

de Ricardo Candia Cares

Por Eduardo Contreras Villablanca



Comencemos por decir que este libro de Ricardo Candia Cares publicado en 2014 tiene mucho entorno. Primero, el entorno de los años noventa, una época de amnesia histórica, enajenación, conformismo, la época de «no estoy ni ahí» (digamos que es un entorno no solo de los noventa, es también el del Chile previo a la Revolución Pingüina del 2006 y las protestas estudiantiles del 2011). Es la plana transición del primer gobierno post dictadura, y todo esto intercalado con evocaciones de entornos ya idos, cargados de nostalgia (como la de los jubilados de los talleres de tranvías que pueblan el cité en el que habita el personaje) y además con el entorno onírico de las utopías y sueños del personaje en los que alterna la conquista de las dos protagonistas femeninas de la historia, con el asalto al poder en una lucha revolucionaria, en la que liderando a un batallón de escolares el protagonista asedia el Palacio de la Moneda, donde se defiende el dictador como gato boca arriba.

Tiene también muchos elementos del género negro. Si bien no hay un crimen con su respectiva investigación, la novela se desarrolla en el contexto de la recuperación de los archivos secretos de la dictadura, que guardan la información del paradero de los detenidos desaparecidos, así como la identificación de sus asesinos. Esos archivos también contienen la identidad de ex agentes de los servicios secretos, algunos de ellos infiltrados en lo que fueran los partidos de oposición, y por lo tanto formando parte de los gobiernos de la transición: es decir, el trasfondo es la búsqueda de la verdad no sobre un crimen en particular, sino sobre el conjunto de violaciones a los derechos humanos cometidos por la dictadura, y sobre la

identidad de los agentes aún enquistados en las diversas fuerzas que se debaten en una transición, en el que el nuevo Gobierno temeroso parece ser uno de los principales interesados en que estas verdades no se revelen.

También emerge con fuerza el género negro en el contenido de crítica social, donde a diferencia de los clásicos en los que el que el investigador defiende el orden establecido frente a irrupciones de villanos ajenos al sistema y sus reglas, apunta a los villanos enquistados en las cúpulas del poder. El investigador en estas novelas muchas veces termina por enfrentar el *status quo* (Sam Spade, Pepe Carvalho, Heredia, por ejemplo) al descubrir que los crímenes se originan desde el aparato burocrático del estado, o desde algún poder establecido. También lo hace el protagonista de *Operación Cavancha*, y de qué manera.

La historia se enmarca dentro de una corriente, que sin aparente coordinación fue surgiendo en Chile, en la que los personajes son ex combatientes, o cercanos a grupos armados (y en este caso en particular al FPMR). En esta corriente se da vida a estas personajes que sufrieron la derrota, que además de ver como muchos ex perseguidos se abrazan con los asesinos, ven también caer el muro. Esta es una vertiente muy chilena, en la que podemos ubicar al Marco Buitrago, de Daúno Tótoro en *La sonrisa del caimán*, y otros de novelas recientes, y desde luego están los textos de investigación y memoria (como *Los Fusileros*, de Cristóbal Peña y *Mi hijo Raúl Pellegrin*, de Tita Friedmann) e incluso en series de televisión como *Los 80* con su personaje Gabriel y los protagonistas de *Los archivos del Cardenal*, y ahora en el 2020, estamos ad portas de una serie en televisión con esa temática, *Héroes invisibles*. Por nuestra historia, aquí pueden brotar ese

tipo de personajes, no así en las novelas negras de España, México, Cuba y Suecia, por mencionar algunas.

En el caso de las novelas chilenas (a diferencia de las series de TV), estos ex combatientes son protagonistas más cercanos a los patrones del anti-héroe de la novela negra, como en el caso de *Operación Cavancha* donde el protagonista es amante del trago y asiduo a los prostíbulos. No se idealiza a esa generación, varios de los amigos del personaje han derivado a la delincuencia y al menos uno colabora con «La Oficina», ente que ha creado el Gobierno de transición para liquidar a los grupos que combatieron con armas contra la dictadura. Cualquier parecido con nuestra realidad claramente no es coincidencia, esto también es parte de nuestra historia.

Un elemento a destacar de *Operación Cavancha* es la elaboración del personaje: como se ha dicho alcohólico y derrotado, pero además derrotado desde la infancia, tímido no obstante las acciones heroicas que lo transformaron casi en un mito en la época de la lucha contra la dictadura. Refugiado en una clandestinidad permanente, con «una cierta bondad que había que esconder de la inclemencia de un mundo brutal que no soporta a los débiles». No es un personaje simple, pero es vívido y creíble, con una clara identidad a pesar de ser el único personaje de la novela que no tiene nombre. Desde sus contradicciones, y aplastado por el alcohol y el desajuste con el nuevo país de la transición, acude al llamado de esta nueva misión.

No hay caricaturas, no todos viven por igual la derrota, sus compañeros de la operación la viven cada uno de forma muy distinta, sin embargo todos responden al llamado a cabalgar de nuevo.

El protagonista, si bien hasta entradas las primeras etapas de la operación, vive su vida derrotado, no deja de soñar, y eso enfatiza el contraste entre la realidad mediocre de la transición y las escenas del lento avance de las tropas del Gobierno Provisional Revolucionario hacia La Moneda, entre sus escapadas con las prostitutas y el sexo onírico con sus musas. Él no deja de soñar, por lo tanto, creo que en el fondo, a pesar de lo que dice el autor, el personaje central nunca fue un derrotado.

Cualquiera que haya vivido el Chile de inicios de los noventa, puede recordar ese contexto de negación de nuestra historia, un contexto que afortunadamente —y sin ser autocomplacientes— vemos que va cambiando, desde distintas manifestaciones del arte, desde algunos medios de comunicación, y desde luego desde la literatura, que ha dado aportes contundentes como esta *Operación Cavancha*, de la que prefiero no comentar más para que puedan disfrutar debidamente del suspenso y la sorpresa que tan bien se trabajan en esta obra. TN



—Está fría la noche, Papudo.

Montero había abierto la puerta de la camioneta y una ráfaga del aire helado de la montaña se coló al vehículo calefaccionado. Montero se echó una bocanada de aire tibio en las puntas de los dedos, que dejaban libres los guantes de conducir, y se volvió con movimientos lentos hacia Papudo, que miraba a través de la ventanilla. Era poco lo que se veía, pero el paisaje lo conocían de memoria. Tres metros adelante, el río corría torrentoso y hacia la izquierda se alzaban los montes nevados de donde descendía. No había mucho más, algunos arbustos inclinados por el viento, champas de pasto y abundancia de piedras en la ribera. Habían estado muchas veces ahí, en misiones nocturnas, como la de ahora. En el asiento trasero de la camioneta, Padilla los observaba inmóvil.

—¿Quieres fumar un cigarrillo, Papudo? —preguntó Montero.

Hacía dos años que no fumaba, pero miró a Montero y asintió:

—Sí, sería bueno, fumar y mirar las estrellas.

Padilla entonces estiró un brazo para acercarles el paquete de cigarrillos. Les dio lumbré y apagó el encendedor. Dejó pasar unos segundos antes de volver a encenderlo para prender su propio tabaco. Papudo sonrió.

—Nunca se encienden tres cigarrillos al hilo, para evitar que el enemigo apunte, pero aquí estamos solos, no hay enemigos —dijo.

—Los enemigos están en todas partes —repuso Padilla. Era nuevo, se había incorporado hacía poco. Con Montero, en cambio, llevaban años trabajando juntos, en numerosas operaciones ahí mismo, en el río, en noches tan heladas como aquella, y también de día, en la ciudad y en otras ciudades.

Por supuesto que Papudo no se llamaba Papudo, pero Montero tampoco se llamaba Montero, ni Padilla, Padilla. Nadie usaba su verdadero nombre en el servicio.

Nadie conocía el nombre de su compañero, aunque llevaran tiempo compartiendo tareas.

Descendieron de la camioneta y fumaron en silencio. Papudo contemplaba las estrellas, más luminosas en ausencia de la luna.

—Pensar —dijo— que si pudiéramos mirar hacia la Tierra desde alguna de esas estrellas, no veríamos nada, solamente se vería el sol, como un puntito de luz, y no de los más grandes. De la Tierra, nada. Somos insignificantes, y tanto que nos afanamos, como si lo que hacemos tuviera alguna importancia en la inmensidad del universo.

—Lo que hacemos es importante, muy importante para la patria —dijo Padilla.

—La patria, ¿qué es la patria? El lugar en que nacemos, por casualidad. No lo elegimos, nadie elige la patria en que va a nacer.

—La patria es la patria —dijo Padilla—, y a ella nos debemos.

—¿Y si, después de morir, naciéramos a otra vida, en otro lugar? Si naciéramos, por ejemplo, en esa estrella. ¿Cuál sería nuestra patria? ¡Ah, si pudiéramos mirarnos desde una estrella!

—Si pudiéramos —dijo Montero—, pero eso no es posible. Hay cosas que podemos hacer y cosas que no, tú sabes eso, Papudo.

—Sí, lo sé muy bien. He estado leyendo mucho y sé que las estrellas que vemos es posible que ya no existan. Estamos viendo su luz proyectada miles de años atrás, porque su luz demora miles de años en llegar hasta nosotros, y puede que en ese tiempo la estrella haya cumplido su ciclo y se haya convertido en supernova. ¿Sabes lo que es una supernova, Montero?

—¿Y de qué me serviría saberlo? No debieras haber leído tanto, Papudo, es preferible dedicarse a cuestiones prácticas.

—Así parece.

Papudo dio una última calada y lanzó lejos el resto de tabaco.

—Bueno —dijo Padilla—, ya fumamos. Hagamos lo que vinimos a hacer y regresemos.

—¿Cuál es el apuro? —preguntó Montero. Y luego: —Tenemos muchos recuerdos aquí. ¿Quieres otro cigarro, Papudo?

—No, gracias, parece que Padilla está apurado; deben estarlo esperando.

—¿Te acuerdas del tipo que varó en el camping de la Caja de Compensación? ¡Tremenda trifulca que se armó!

Algunos kilómetros río abajo existía un *camping* muy visitado durante el verano. El río era ancho y caudaloso en aquel lugar, de manera que sus aguas conducían cuanto caía en ellas. Una vez un cadáver quedó atascado en la orilla y fue descubierto por los veraneantes. El asunto apareció en los diarios y en la televisión y la policía investigó y descubrió que la víctima murió de un tiro en

la nuca y su cadáver fue lanzado al río. Se dijo que era un asunto de faldas. Montero reía al recordarlo. Papudo estaba muy serio.

—No me gustan los *campings* —dijo—. Nunca he ido a alguno.

—En esta época no va nadie —dijo Montero—. Solamente en verano.

—Espero no ir ahora, tampoco.

—Vamos —dijo Padilla—, ¿qué esperamos?

—Bueno —dijo Papudo—, caminaré hacia el río.

Padilla se ubicó detrás de él. Montero volvió a subir a la camioneta.

Papudo alzó la mirada a las estrellas y echó a andar.

TN

## Antonio Rojas Gómez

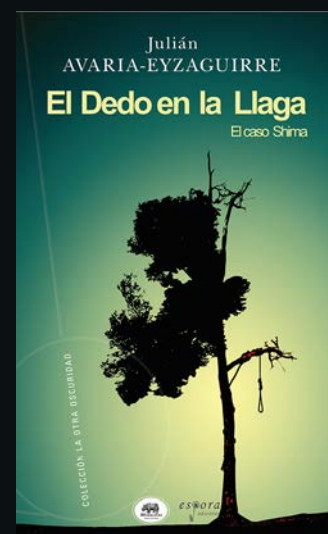
Antonio Rojas Gómez es periodista y desempeña esa profesión desde 1960, cuando se inició en el diario *Última Hora*. Ha sido director de revista *Flash*, subdirector de revista *Vea*, jefe de informaciones en radio Portales, editor nacional y de redacción en el diario *Las Últimas Noticias* y crítico literario de *El Mercurio de Valparaíso*. Paralelamente al periodismo ha desarrollado una carrera literaria que se traduce en una decena de publicaciones. Entre los numerosos premios que ha obtenido destacan el Pedro de Oña de novela, Gabriela Mistral de cuento y de novela, Premio de Cuento para Televisión convocado por Televisión Nacional de Chile y Editorial Universitaria, Violeta de Plata, y dos menciones honrosas en el género cuento en el Premio Municipal de Literatura. Cuentos suyos figuran en varias antologías de Chile y el extranjero, incluida *I racconti piu brevi del Cile*, Edizioni Fahrenheit 451, Roma, 1997. Los derechos de sus narraciones “El bebedor de cerveza” y “El huésped del invierno” han sido adquiridos por la Editorial Gallimard de París para su Serie Noire.



# Julián AVARIA-EYZAGUIRRE El Dedo en la Llaga El caso Shima

COMPRAR

*El Dedo en la Llaga. El caso Shima* es una nueva entrega con las aventuras detectivescas de un investigador deambulante y sin nombre (aunque con apodo), que los seguidores del noir nacional (y del autor) reconocen como una de las mejores novelas recientes del género: *El caso Capablanca* (2017).



# La pequeña entrevista policial

Por Marcos Campbell

Siempre es bueno interrogar a los escritores acerca del «gran arte» que cultivan, y al mismo tiempo, a través de sus respuestas, entregar algunas pistas que pueden seguir los lectores para encontrarse con buenos libros, buenas películas o series. Las respuestas que escritores chilenos y latinoamericanos entregaron a la Pequeña Entrevista Policial se irán entregando en los próximos números de Trazas Negras.

Preguntas breves, para respuestas breves.

## José Gai

La Serena, (1948 - 2019)

«La novela policial es un género que toma el relevo de la novela social y que, por sus características (ambigüedad moral, escepticismo, mirada crítica sobre el poder), sale o puede salir airoso en el desafío literario de no pontificar ni convertir un relato en una tesis».

«Escribí una novela negra porque me pareció el formato adecuado para el relato que tenía en mente; además, el protagonista debía vivir una época y unos hechos en donde necesitaría de los mecanismos de defensa psicológica que suelen poseer los protagonistas de la novela negra».

«De mis novelas, sólo puedo mencionar *Las manos al fuego*, que es la única que he escrito hasta aquí».

«Mi detective de ficción favorito es Philip Marlowe».

«Mis tres autores policíacos favoritos son: Raymond Chandler, Dashiell Hammett y Patricia Highsmith».

«Mi película policial o negra favorita es *Chinatown*, de Polanski».

## Eloi Yagüe Jarque

España, (1957)

«La novela policial es una forma de abordar la realidad desde el misterio».

«Escribo novelas policíacas o negras porque desde niño me aficioné a leer las novelas de Agatha Christie».

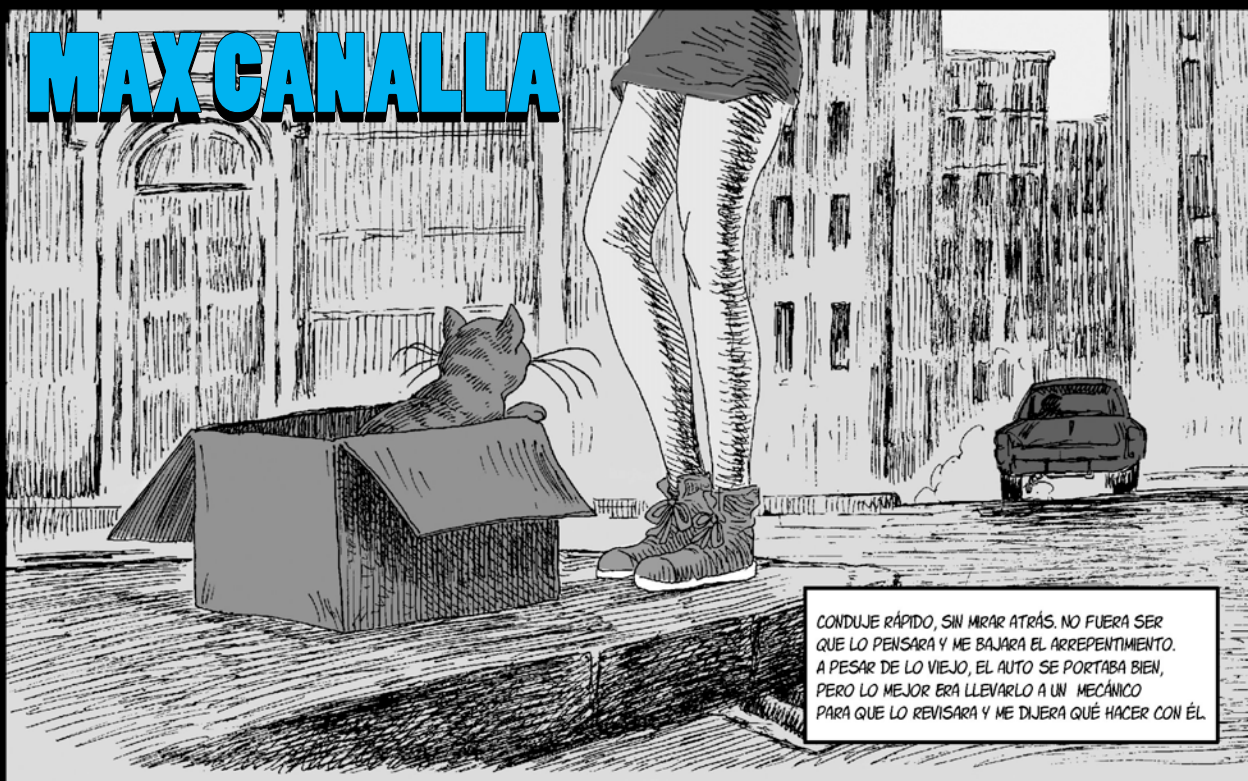
«De mis novelas, la que más me gusta es: *Cuando amas debes partir*».

«Mi detective de ficción favorito es Hércules Poirot».

«Mis tres autores policíacos favoritos son: Jim Thompson, Horace McCoy y Rubem Fonseca».

«Mi película policial o negra favorita es *Blade Runner*».

# MAX CANALLA



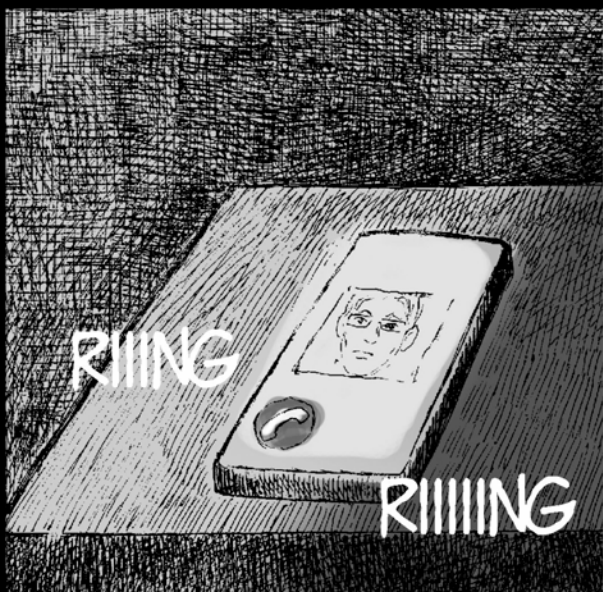
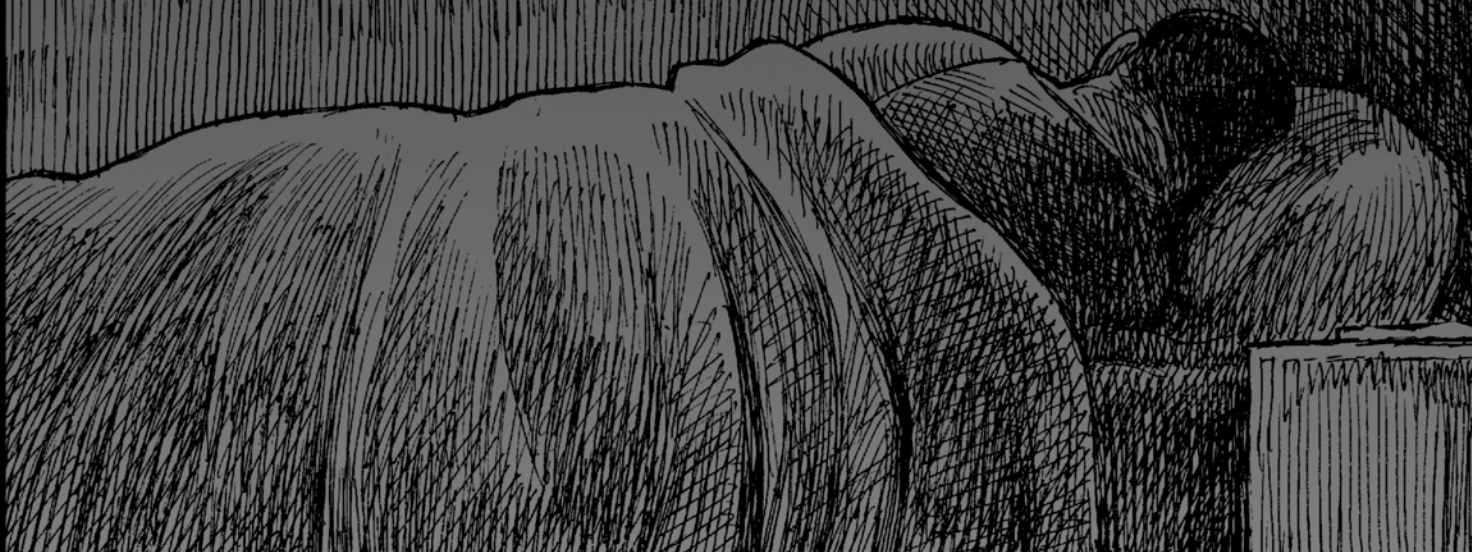
CONDUJE RÁPIDO, SIN MIRAR ATRÁS. NO FUERA SER QUE LO PENSARA Y ME BAJARA EL ARREPENTIMIENTO. A PESAR DE LO VIEJO, EL AUTO SE PORTABA BIEN, PERO LO MEJOR ERA LLEVARLO A UN MECÁNICO PARA QUE LO REVISARA Y ME DIJERA QUÉ HACER CON ÉL.

ALGUIEN ENCONTRARÍA PRONTO AL GATO Y LE DARÍA UN HOGAR...



ALGUIEN CON UN CORAZÓN MEJOR QUE EL MIO...

EL MECÁNICO PARECÍA ESTAR DE VACACIONES Y NO TUVE MÁS REMEDIO QUE VOLVER A CASA Y ESPERAR HASTA EL DÍA SIGUIENTE. INTENTÉ NO DARLE MÁS VUELTAS A LA JUGARRETA DE LA TÍA ÁNGELES. ME DORMÍ PENSANDO EN OLGA. EN TODOS LOS LUGARES DONDE PODRÍA IR A BUSCARLA.




¿EL GATO? AH, CLARO, SÍ  
TODO BIEN. ¿CARTA? ¿EN LA  
CAJA? ¿SE REFIERE A LA  
CAJA DEL GATO? SÍ, CLARO,  
ENTIENDO... ¿ESTEBAN? ¿QUÉ  
ESTEBAN?




SEÑOR CANALES, LA CARTA  
EXPLICABA TODO. ESTEBAN, EL  
GATO, ES EL HEREDERO DE SU  
TÍA ÁNGELES HASTA QUE USTED  
CUMPLA CON LO ENCARGADO...



¡MIERDA!



«DEBE CUIDAR DE ESE GATO DURANTE EL PLAZO DE UN AÑO Y DEMOSTRAR QUE LOGRÓ PONER SU VIDA EN ORDEN Y NO DEBE VOLVER A METERSE EN PROBLEMAS... LO MÁS IMPORTANTE, LA ÚLTIMA VOLUNTAD DE SU TÍA ES QUE VUELVA A PONER EN ALTO SU APELLIDO. RÉGSE EN UN AÑO CON EL GATO SANO Y SALVO Y PODRÁ ACCEDER A LO QUE LE CORRESPONDE DE LA HERENCIA»...



VEAMOS QUE DICE ESTA PEQUEÑA NOTA. TAL VEZ ENCONTREMOS ALGUNA PISTA SOBRE QUIÉNES SON TUS DUEÑOS...



¡CIELOS!



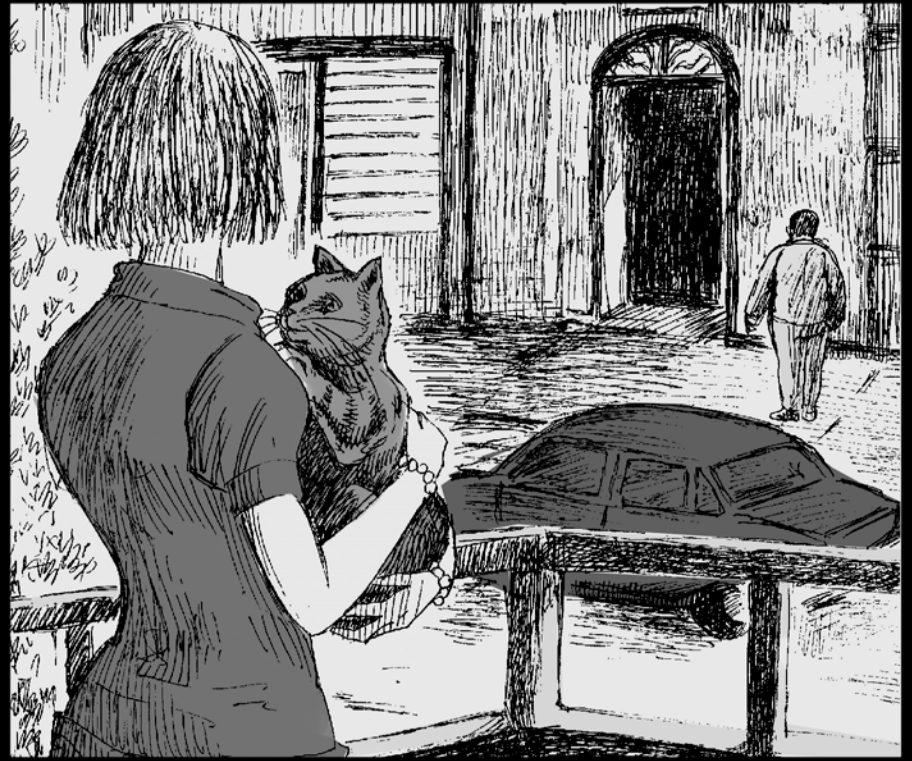
CREO QUE OLGA TENDRÁ QUE ESPERAR UN POCO. LA PRIORIDAD AHORA ES ENCONTRAR ESE BENDITO GATO. LUEGO PODRÉ BUSCARLA Y TENDRÉ DE TODO PARA OFRECERLE...



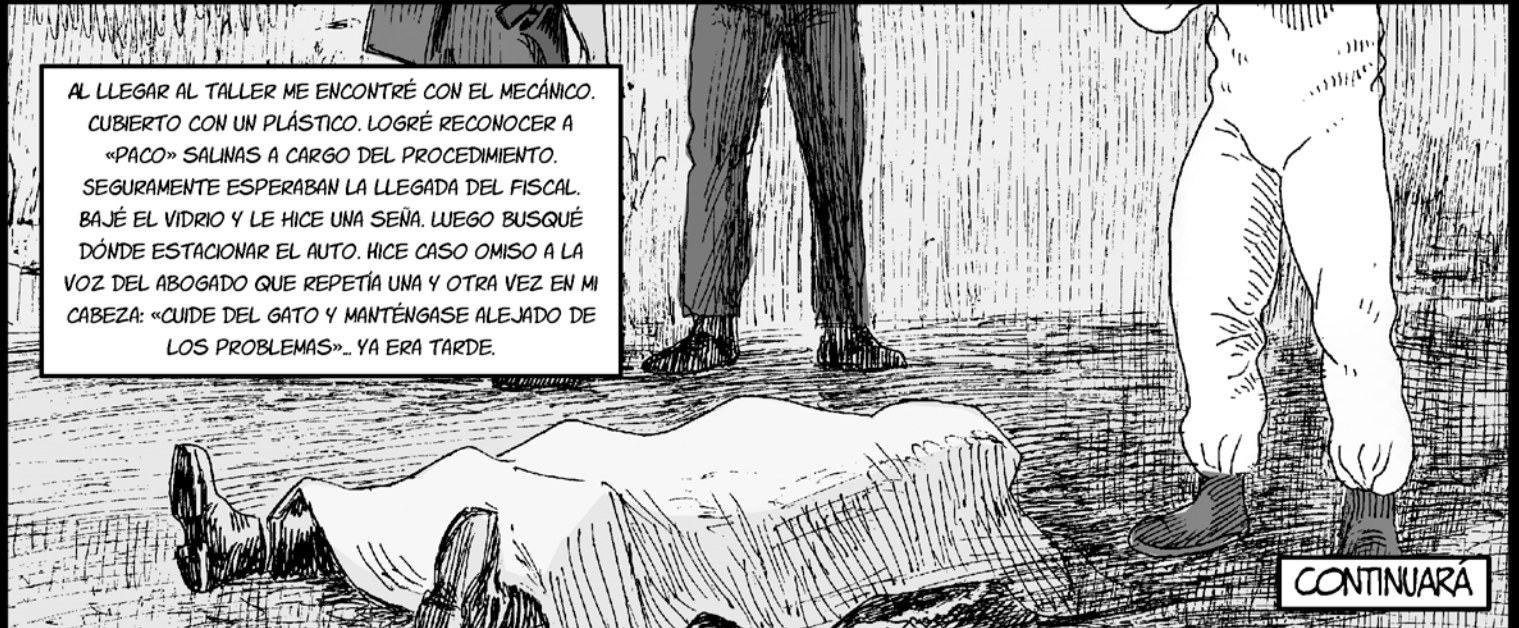
LA PREGUNTA AHORA ES ¿DÓNDE LO ENCONTRARÉ?  
SERÍA MUY INGENUO PENSAR QUE SE QUEDÓ  
ESPERANDO EN LA MISMA ESQUINA...



¿Y QUE HARÉ SI NO LO ENCUENTRO? ANDA, CANALES.  
PIENSA. LA CALLE ESTÁ LLENA DE GATOS, PESCA  
ALGUNO QUE SE LE PAREZCA Y YA. ¡NADIE NOTARÁ LA  
DIFERENCIA!



DÍ VARIAS VUELTAS POR EL BARRIO. NO ENCONTRÉ  
NADA. DECIDÍ ENTONCES QUE LO MEJOR ERA  
UBICAR AL MECÁNICO Y VOLVER EN OTRO MOMENTO..  
¡QUÉ MALA PATA!, PENSÉ. SI HUBIERA SIDO UN  
PERRO SERÍA TODO MÁS FÁCIL. LA GENTE LOS  
SACA A PASEAR. PERO UN GATO...



AL LLEGAR AL TALLER ME ENCONTRÉ CON EL MECÁNICO.  
CUBIERTO CON UN PLÁSTICO. LOGRÉ RECONOCER A  
«PACO» SALINAS A CARGO DEL PROCEDIMIENTO.  
SEGURAMENTE ESPERABAN LA LLEGADA DEL FISCAL.  
BAJÉ EL VIDRIO Y LE HICE UNA SEÑA. LUEGO BUSQUÉ  
DÓNDE ESTACIONAR EL AUTO. HICE CASO OMISO A LA  
VOZ DEL ABOGADO QUE REPETÍA UNA Y OTRA VEZ EN MI  
CABEZA: «CUIDE DEL GATO Y MANTÉNGASE ALEJADO DE  
LOS PROBLEMAS»... YA ERA TARDE.

CONTINUARA

# Respuesta

## Fredric Brown

Dwar Ev fijó ceremoniosamente con soldadura de oro la conexión final. Los ojos de una docena de cámaras de televisión lo observaron y el subéter lanzó a través del universo una docena de imágenes de lo que estaba haciendo.

Se enderezó e hizo una inclinación de cabeza hacia Dwar Reyn, tras lo cual se colocó cerca del interruptor que completaría el contacto cuando lo moviera. Aquel interruptor que conectaría de golpe todas las máquinas computadoras monstruos de todos los planetas habitados –noventa y seis billones de planetas–, al supercircuito que a su vez los conectaría a todos ellos a una supercalculadora, una máquina cibernética que combinaría todos los conocimientos de todas las galaxias.

Dwar Reyn se dirigió brevemente a los trillones de seres que lo miraban y escuchaban frente a sus pantallas. Después de un momento de silencio, dijo: «Ahora, Dwar Ev».

Dwar Ev hizo girar el interruptor. Hubo un zumbido poderoso, la onda de fuerza de noventa y seis billones de planetas. Millares de luces destellaron y se apagaron a lo largo del extenso panel.

Dwar Ev retrocedió y tomó aliento profundamente. «Dwar Reyn... El honor de formular la primera pregunta es suyo».

«Gracias», dijo Dwar Reyn. «Será una pregunta que ninguna máquina cibernética sola ha sido capaz de responder hasta ahora».

Volvió su rostro hacia la máquina y preguntó: «¿Existe Dios?».

Una poderosa voz respondió prontamente, sin titubeos, sin el menor chasquido de circuitos.

«Sí. Ahora sí que existe Dios».

Un repentino miedo relampagueó en la cara de Dwar Ev. Se abalanzó para coger el interruptor y desconectar.

El golpe de un rayo proveniente del cielo sin nubes lo derribó y fundió indisolublemente la dorada soldadura de cierre del interruptor. **TN**

(Traducción de Bartolomé Leal)

---

### Fredric Brown

---

Una vieja foto de fines de los años 40 muestra a Fredric Brown (1906-1972), tal vez el único gran maestro en dos géneros, el policial y la ciencia-ficción, disfrazado de marciano, con antenas, orejas protuberantes y ojos pedunculados, su mujer amarrada con una cadena cual esclava terrícola. Este autor tímido y borroso, que detestó ser puesto en vitrina, produjo algunos de los cuentos más lúcidos e inquietantes del siglo XX, y un puñado de novelas imperdibles como *Universo de locos* y *¡Marciano, vete a casa!* El cuento que presentamos, una aguda premonición de la red virtual, pertenece a su libro *Ángeles y naves espaciales*, publicado en 1954.

# Clark Carrados y la serie B de la Ciencia-Ficción

Por Bartolomé Leal

No creo que haya muchos comentaristas de literatura que le dediquen espacio y tiempo al español Clark Carrados (1919-2005), maestro de la serie B de la ciencia-ficción, autor de más de seiscientas novelas del género. Este autor se inició en la escritura hacia mediados de los años 50, en plena dictadura del generalísimo Francisco Franco, redactando pastiches de los libros del género que se escribían desde hacía varias décadas en Inglaterra y Estados Unidos.

Fue en la colección ESPACIO, de la desaparecida Ediciones Toray, donde Clark Carrados se produjo principalmente. Su primer libro fue la legendaria novela *El cerebro*, número 2 de la citada colección, donde por primera vez se hace cargo de un tema que sería su preferido y por el cual los lectores de su tiempo lo buscaban con pasión: la informática. Con el pasar de los años seguirían *El país de los robots*, *El planeta de los hombres de oro*, *El poder supremo* y muchos otros títulos. Escritura sencilla, argumentos directos y a menudo previsibles aunque interesantes, más algún toque de intriga misteriosa y de romance, son característicos de su estilo. Una prosa decente, como la de un buen traductor, es la marca de Clark Carrados. Novelas cortas, rara vez se empujan por sobre las 150 páginas. Modo mesurado sin salidas de madre en lo sexual, político o filosófico. Las fantásticas portadas levantan de inmediato el apetito del lector. Por lo general no defraudan a los fans, las historias alcanzan soberbios niveles de ingenio.

En el marco de sus novelas robóticas, Carrados creó un personaje, Kabé, que protagoniza una serie que se inició con *Memorias de una máquina*, el número 65 de la colección ESPACIO. Clark Carrados es por cierto un seudónimo y corresponde al escritor Luis García Lecha. ¿De

dónde lo sacó? Pues al parecer es un homenaje al detective ciego Max Carrados, personaje literario creado por el novelista inglés Ernest Bramah (1868–1942). García Lecha fue funcionario de prisiones en Barcelona y le robaba tiempo a la vigilancia de los reos para escribir sus imaginativas novelas. Maestro del pastiche español, es un nombre señero junto a Lou Carrigan en el espionaje, Marcial Lafuente Estefanía en el western y Law Space (que además publicó como H.S. Thels), también en la ciencia-ficción.

Hay que notar que Louis G. Milk (su propio nombre «anglonizado») es otro seudónimo del mismo Clark Carrados, con el cual escribió en diferente onda y en un estilo de comedia, más operático y culterano se podría decir. Destaco su novela *Las minas del cielo*, número 28 de la colección ESPACIO, una desopilante thriller donde el lector encontrará todo lo que quiera saber acerca de la explotación de minerales en los asteroides y las batallas entre las mafias empresariales.

Law Space por su lado es nombre de pluma del escritor español Enrique Sánchez Pascual. Uno de los autores más populares, según los libreros especializados. Red Arthur, por si encuentran un libro suyo por allí, es seudónimo de Arturo Rojas de la Cámara. Y Johnny Garland fue Juan Gallardo, autor de dos mil novelas de terror, de ciencia-ficción, del oeste, bélicas, lo que viniera, que producía hasta dos por mes (con variados alias) si lo apuraban. Recomiendo *Klag*, *el fabuloso*, *La criatura luminosa* y *Los caballeros del Rey Átomo*, divertimentos de rotunda aunque a ratos ridícula inverosimilitud. En todo caso, los aficionados sabemos bien que el gran representante español del género es Domingo Santos, autor de más de 40 novelas (sobre todo en la colección NEBULAE) y un en-

carecido promotor de la CF. Y bueno, Santos publicó también en la colección ESPACIO, con el seudónimo Peter Dean. Destaco por ejemplo la brillantez angustiante de *Más allá del infinito*, número 258 de la colección, publicado en 1961.

No es ocioso señalar que la variedad de temas de la colección ESPACIO fue un factor determinante en su éxito entre los lectores de habla hispana. Los viajes interplanetarios, los habitantes más bizarros del espacio exterior, las mutaciones, las distopías más delirantes, los poderes extrasensoriales, los robots de todos los tipos y osadías, la electrónica avanzada, las comunicaciones, las armas nucleares, la clonación, los imperios cósmicos, la delincuencia intergaláctica, la ciencia desbocada y las empresas exploradoras de planetas, los héroes bienhechores, las mujeres de otras galaxias, los climas más inverosímiles, el microcosmos, los alimentos menos concebibles, las aventuras intertemporales... La lista es interminable. La imaginación de los autores se potenciaba y hacían un argumento de las cosas más nimias. Los seudónimos ayudaban a explorar formas de narrar y contenidos novedosos. ¡Estamos hablando de novelas baratas, para quioscos, de hace más de 50 años!

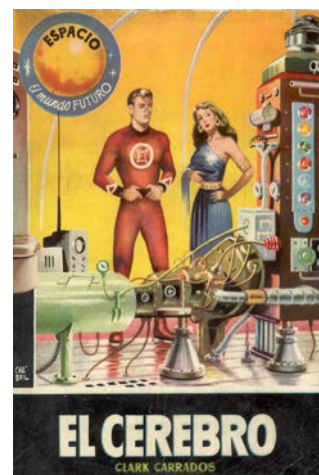
Uno se pregunta a veces por qué tantos autores mediocres con ínfulas de profundos han tenido mejor acogida crítica, mientras dignos prosistas sin rollos como Clark Carrados son pasto del olvido. Otros títulos a recordar son: *El negro espacio silencioso* (número 11 de ESPACIO), una poética evocación de la nada sideral; *La amenaza negra*, que no es precisamente una amenaza extraterrestre; *La fortaleza negra*, el número 116 de ESPACIO, que transcurre en un penal del planeta Plutón... En *Clanes del espacio* trabaja otro de sus temas: las guerras intergalácticas. Notable por su trama trepidante es *El hombre de la doble dimensión*, el número 19 de la colección ESPACIO. *El valle del pasado* es su aporte al tema de los mundos perdidos. Otra novela suya de distopías futuras se titula *1985* (sic). Cabe señalar que sus libros se escribieron en el contexto de la guerra fría Estados Unidos-URSS y reflejan en general el punto de vista yanqui, sin olvidar los toques pacifistas que la gente esperaba en aquella época de temor al desastre bélico (nuclear) mundial.

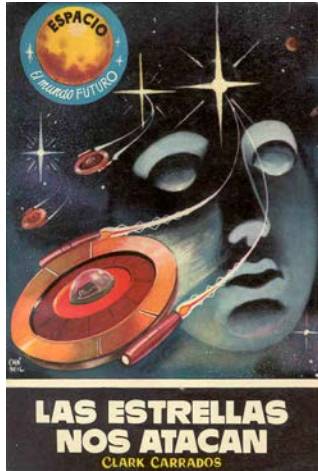
Fue también traductor. Tengo en mis manos la novela *Objetivo Tierra*, número 16 de la colección ESPACIO, publicada en 1954 y traducida por Clark Carrados del idioma marciano. Narra las aventuras de la conquista exitosa de la belicosa Tierra por Marte, relatada por uno de sus protagonistas, el héroe Jadhuz, libro que llevaba 120 millones de ejemplares vendidos en el planeta rojo. A ver si alguien me señala otro libro igual.

## Galería

La colección «Espacio. El Mundo FUTURO» de Ediciones Toray en España produjo el récord de 547 títulos en 18 años (de 1953 a 1972) con 128 páginas cada uno y el reducido tamaño de 15x10 cm. Cerca de la mitad los títulos de la colección llevaba la firma de Clark Carrados o Louis B. Milk. Características fueron sus portadas, a todo color, llamativas y a menudo truculentas, poniendo énfasis en un detalle de la trama, hechas con un estilo hiperrealista irónico y bufonesco, no exento de derroches surrealistas. A cargo de dibujantes competentes. En las ediciones más antiguas, la serie negra, es posible descifrar los nombres o seudónimos de algunos de ellos: Cha'bril, I. Fernández, Fersan, Jorge y otros.

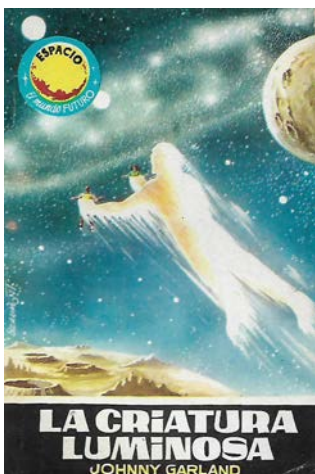
Para el deleite de los lectores de Trazas Negras aficionados duros al género de la CF, acá van algunas portadas de ejemplares de colección. **TN**





«La fiebre marciana, la peste roja o como quiera que se llame, no perdona. Al menos, no tenemos noticia de alguien que haya contraído la enfermedad y haya salido indemne de ella. Es causada por un virus activísimo... contra cuyo mortífero poder se han estrellado todos los remedios conocidos y aun algunos recién inventados. La persona que contrae la enfermedad sufre primero de escalofríos, vértigos, mareos, fuertes dolores de cabeza, flojedad en las piernas y luego se ve obligado a encamarse. Pero a las 24 horas la fiebre sube hasta los 39 o los 40 grados, los centros nerviosos son afectados y la parálisis progresiva invade todos los órganos del cuerpo, especialmente los de la respiración... En las últimas horas, el rostro toma ese color característico que ha hecho que la enfermedad sea llamada de forma tan acertada, la peste roja».

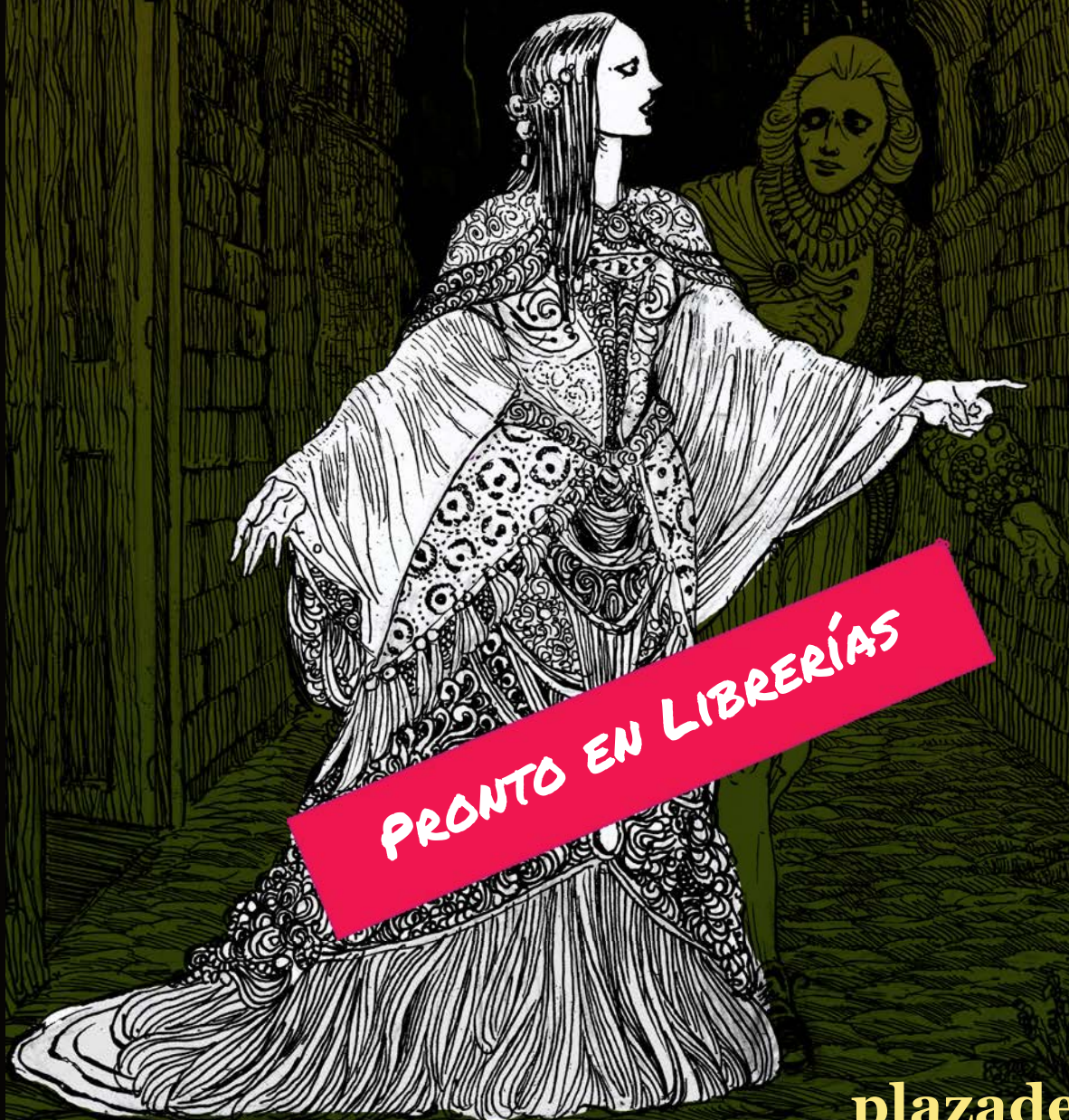
Clark Carrados, *Crisis*, 1959



EDGAR ALLAN POE

# LIGEIA

Y OTROS CUENTOS DE  
MUJERES GÓTICAS



PRONTO EN LIBRERÍAS

plazadeletras

CONDE DE BOECK 20